

## CAPITULO IV.

El desgraciado que era objeto de aquella comocion popular, se habia visto aquella misma mañana libre del temor de perder la vida en un cadalso, pues no dudaba de que la órden de suspension en la egecucion de la sentencia pronunciada contra él, faese el precursor de su perdon y gracia absoluta. Su gozo fue tanto mayor, quanto que tenia poderosos motivos para temer que el gobierno no quería chocar con la opinion pública, protegiendo á un hombre contra quien aquella se habia pronunciado de un modo tan positivo, y que habia sido condenado por una declaracion solemne del tribunal de los jurados. Entregándose enteramente al entusiasmo de la esperanza, habia convidado aquel mismo dia á comer con él á varios de sus amigos para celebrar su libertad. Algunos de éstos, habian sido testigos del modo como habia recibido el pueblo la noticia de la suspension de la sentencia: habian visto el descontento general, y temian que sus enemigos no formasen el proyecto secreto de venganza, > que de él resultase alguna comocion

formidable. En vista de estas observaciones, aconsejaron á Portews no perdiese tiempo en pedir á los magistrados le trasladasen á la ciudadela en donde esperaria la resolucion definitiva del gobierno. Pero Portews, acostumbrado despues de mucho tiempo á despreciar la canalla, y á imponerle respeto, no hizo mas que reir de sus temores, y no pudo jamas imaginarse que se concibiese el proyecto de forzar una cárcel tan segura como la de Edimburgo. Asi pasó alegremente el dia en su compañía; el vino acabó de disipar los temores, y sus amigos no le dejaron hasta que la hora de cerrar las puertas no les permitió estar mas tiempo á su lado.

Portews se quedó solo, pero lleno de la mayor confianza; sin embargo, á poco rato los primeros gritos de los facciosos llegaron á sus oidos, y empezaron á inspirarle algunos temores. Estos se aumentaron cuando oyó batir á golpes redoblados la puerta principal de la cárcel, y este ruido sostenido por tanto tiempo, no le dejó duda de que el pueblo se habia sublevado, y trataba de apoderarse de él para sacrificarle á su rabia. Llamó á grandes voces al carcelero y el llavero; dió fuertes golpes á

la puerta de su encierro; hizo todos los esfuerzos posibles para abrirla; pero nadie le respondía. El ruido espantoso que los sediciosos hacían á la puerta, impedía que nadie le oyese; y por otra parte el carcelero y sus dependientes, temerosos que si el pueblo llegase á romper las puertas, les asesinasen en venganza de su resistencia á abrirla, se habían escondido en el rincón mas retirado y mas obscuro de la cárcel para substraerse á lo menos del primer impulso del furor popular.

De repente cesó todo aquel ruido, y la esperanza empezó á renacer en el corazón de Portews: pensó que la guarnición de la ciudadela, ó el regimiento del coronel Moyle habían entrado en la ciudad, y disipado á los revoltosos; pero bien pronto nuevas voces, y la luz de las llamas que iluminaba sus ventanas, le hicieron comprender que el pueblo no había renunciado á su proyecto, y que por el contrario había adoptado un medio mas pronto y mas seguro.

¿Cómo huir? ¿cómo esconderse? Uno y otro partido eran imposibles. El único medio que le pareció practicable, fue el de subirse por la chimenea, aunque debiese sufocarse evadien-

dose por ella, pero apenas subió á la altura de algunos pies, cuando se halla detenido por las barras de hierro que á precaucion se ponen en las chimeneas de todas las cárceles: á lo menos le sirvieron para sostenerse á la altura en que se encontraba, y se asió á ellas con el ardor de un hombre que coge el último asilo de que pende su existencia.

La claridad que por las ventanas penetraba en su habitacion, se disipó gradualmente; pero al mismo tiempo se dejaron oír grandes voces en lo interior de la cárcel. Los que estaban detenidos en ella, y que veían llegar el momento de su libertad, respondieron á ellas con aclamaciones de gozo, y algunos de entre ellos indicaron al gefe de los facciosos la habitacion en donde debía hallarse la victima que buscaban. Portews oyó los pasos y el ruido de sus verdugos, que subían la escalera que conducía á ella; no teniendo la llave de la puerta, la hundieron con sus hachas, y entraron profiriendo las imprecaciones que no nos atrevemos á referir, pero que no dejaban duda sobre cuales eran sus intenciones.

El páraje en que se había escondido Portews, no podía escaparse á la pesquisa de los

insurgentes. Inmediatamente registraron la chimenea, y en ella le encontraron pendiente de los hierros que la atravesaban. La alegría de los revoltosos fue inexplicable; le arrancaron de allí con la mayor violencia, y mil manos armadas todas con instrumentos de muerte, se dirigian ácia él para darle el último golpe. Pero el jóven vestido de muger, que bajo el nombre de Wildfire parecia dirigir la insurreccion y ser su gefe, se opuso á sus designios y dirigiéndose con un tono de autoridad á los que amenazaban á Portews: ¡qué vais á hacer! les dijo. ¿Quereis egecutar un acto de justicia, como si fuese un crimen? El sacrificio debe egecutarse en el lugar destinado al efecto por la ley. Es preciso que muera en la horca, en donde mueren los asesinos. Es preciso que perezca en el parage en que ha hecho perecer á tantos; y en fin, es preciso que la sentencia legal pronunciada contra él, se egecute en todos sus extremos.

Grandes voces de aprobacion resonaron por todas partes, diciendo: ¡A la horca, á la horca el asesino! ¡A la plaza de Granssmarket! -- ¡Que nadie le toque! exclamó el mismo orador. Que se reconcilie con Dios, si puede;

nosotros nó queremos que muera su alma con su cuerpo.

-- ¿Qué tiempo ha dado á los demas para prepararse á la muerte? Es menester tratarle como ha tratado á los otros: exclamaron los sediciosos.

Pero el jóven gefe, mas firme que impetuoso en sus resoluciones, se habia propuesto dar una apariencia de justicia y de moderacion á un acto de venganza y de barbaridad, y asi redujo á su parecer á los mas furiosos. Entonces, teniendo algunas órdenes que dar en otra parte, confió á los mas moderados la custodia del preso, diciéndole á éste que podia entregar á quien le pareciese su dinero y demas efectos. Un detenido por deudas los recibió de la mano trémula de Portews, y aun se le permitió escribir á su familia.

Todos los que estaban presos en la cárcel quedaron en aquel momento libres, no porque esta fuese la intencion de los sediciosos, sino por una consecuencia necesaria de estar abiertas las puertas, y todos se aprovecharon de aquella ocasion para recóbrar su libertad, excepto un hombre de unos cincuenta años, y una jóven de unos diez y ocho.

-- ¡Qué haceis ai, Rateliffe? le dijo al viejo uno de sus compañeros que se disponia á recobrar su libertad. ¿Por qué no os vais? El camino está libre, y la puerta abierta.

-- No hay duda, Wally, le contestó éste; pero me ha ocurrido la idea de abandonar mi antiguo oficio, y de ser hombre de bien.

-- ¡Si! pues quedaos ai, que mañana os ahorcarán.

-- No no; le respondió Rateliffe con mucha calma, no me ahorcarán.

Entre tanto el gefe, á quien podremos llamar Wildfire se dirigió á la habitacion de la jóven, de quien hemos hablado, á quien apenas tuvo tiempo para decirla: -- ¡Huid, Effie, huid! Esta le miró con sorpresa, pero mezclada con cierto aire de sensibilidad y de reproche. -- ¡Huid, le repitió éste; por lo que más quereis en este mundo os lo suplico!

En aquel momento se oyó llamar á Wildfire á grandes voces.

-- Alla voy; respondió éste. ¡Effie, le repitió éste, por el amor de Dios, por vos, por mi, ó estais perdida! y habiendo dicho esto, desapareció.

-- Effie viéndole partir exclamó -- ¡de qué me

serviria conservar la vida, cuando he perdido mi honor! y quedó inmovil como una estatua en medio del tumulto que la rodeaba.

La cárcel se encontraba ya en el mayor silencio: se había hecho bajar la victima hasta la puerta y solo se esperaba al gefe para conducirla al parage en que debia consumarse el sacrificio: con este objeto le llamaron los gritos impacientes de sus compañeros.

Quando llegó cerca de Portews, éste le dijo en voz baja y apretándole la mano: -- Os ofrezco quinientas libras esterlinas si me salvais la vida.

-- Todo el oro del universo no os salvaria. Acordaos de Wilson... Reconciliaos con Dios, le dijo un momento despues... ¿En donde está el sacerdote?

Butler llegó entonces pálido y temblando, y el gefe le previno se colocase al lado del reo, y que le dispusiese á morir. Butler suplicó á los sediciosos considerasen lo que iban á hacer. -- Vosotros no sois, les decia, ni jueces, ni jurados; ni las leyes de Dios ni las de los hombres os autorizan para quitar la vida á uno de vuestros semejantes. En nombre del que es todo piedad, os ruego la tengais con este des-

graciado. No ensuciais vuestras manos con su sangre, y no cometais el mismo crimen que tenéis intencion de castigar.

-- Dejaos de sermones, le gritaron los sediciosos; aqui no estais en el púlpito.

-- Si hablais otra palabra por ese estilo, le añadió uno de ellos, vamos á ahorcaros con él.

-- Poco á poco, dijo Wildfire sumamente incomodado: ¡que nadie se atreva á insultar á este santo hombre! El obedece á su conciencia, y hace bien; y yo le estimo mucho mas. Pero, respetable señor, le dijo á Butler, vuestros consejos son santos, efectos de vuestra caridad y de vuestra compasion, que respetamos y apreciamos, mas es preciso que os convenzais que nuestra resolucion es invariable. Portews debe sufrir la pena de muerte, que merece por sus delitos, y á la que ha sido condenado con tanta justicia por un tribunal competente: asi pues no nos hableis mas, y preparadle para la muerte del mejor modo que lo permitan los pocos instantes que le quedan de vida.

Portews se había quitado su frac y sus zapatos para subir á la chimenea; cuando le encontraron no le dieron tiempo para tomar ni

uno ni los otros. De aquel modo se le colocó sobre las manos entrelazadas de dos de los sediciosos del modo que se llama en Escocia la *atmohada del Rey*, y se le conducia así al lugar del suplicio. Desde aquel asiento imploró de nuevo la compasion de sus verdugos; pero viendo que sus ruegos eran inútiles, se conformó con su suerte con la fortaleza que le inspiraba su educacion militar, y su carácter intrépido.

Butler, que iba á su lado, le preguntó con una voz trémula y afligida. ¿Estais preparado para este terrible momento? Dirigios á aquel para quien el tiempo y el espacio no son nada, cuya misericordia es tan grande como su justicia, pero á cuyos ojos algunos instantes de verdadero arrepentimiento valen tanto como la vida de un justo.

-- Ya se lo que quereis decirme, le contestó Portews con un acento triste. Yo he llevado la vida de un soldado. Si me asesinan, que mis faltas y mi sangre caigan sobre la cabeza de mis verdugos.

-- ¡Como! le dijo Wildfire que estaba á su otro lado. ¿No fuistes vos el que en este mismo lugar dijo á Wilson, cuando éste se queja-

ba de que el dolor que le causaban las esposas le impedían el rogar á Dios, que sus sufrimientos no dudarian mucho tiempo? Ahora podiamos pagarte con la misma moneda: con todo somos mas generosos; y así, si no os aprovechais de las santas exhortaciones de este digno hombre, no acuseis á los que tienen para con vos mas compasion que la que vos tuvisteis para con los demas.

Así marchaban con paso lento, y como con cierta solemnidad á la luz de un gran número de achas, pues los actores de esta escena trágica lejos de intentar cubrirla bajo las sombras del misterio, parecían al contrario darle la mayor publicidad. Los principales gefes rodeaban al prisionero, y los facciosos que estaban armados con fusiles y bayonetas, marchaban á los lados en dos filas, como la guardia de honor que acompaña una procesion. En todas las calles del tránsito las ventanas estaban llenas de una multitud de gentes, cuyo sueño habia sido interrumpido por el tumulto de aquella noche. Todos parecían poseídos de sorpresa y de terror á la vista de un espectáculo tan extraordinario; muchos unian sus gritos á los del pueblo, pero nadie se atrevió á hacer ni un solo esto de desaprobacion.

Los sediciosos por su parte obraban siempre con el mismo aire de seguridad y de confianza con que habian ejecutado todas sus operaciones, y Butler no perdía ocasion de dirigir á Portews sus santas exhortaciones, que su celo y caridad hicieron al fin fructificar, reduciendo al paciente á un sincero arrepentimiento.

Cuando estaban cerca del parage destinado al desenlace de aquella tragedia de horror y de sangre, uno de los sediciosos dijo, que era necesario proveerse de una cuerda: inmediatamente se violentó la puerta de un cordelero, y se escogió la que convenia para el objeto, y al dia siguiente el dueño de la tienda halló una guinea sobre el mostrador; tanto deseaban probar los autores de esta empresa atrevida, que no intentaban contravenir á ninguna ley, y que la muerte de Portews era el único objeto de su reunion.

Arrastrando, ó por mejor decir, llevando en brazos el objeto sobre que deseaban saciar su venganza, llegaron por fin á la plaza de Grassmarket, sitio ordinario de las ejecuciones, teatro del crimen de Portews, y que debia serlo tambien de su suplicio. Varios de los sediciosos se ocuparon inmediatamente en le-

vantar las piedras que cubrían los agujeros en que se fijaban los maderos de la horca ordinaria con el objeto de poner otros que formasen un cadalso provisional, en atención á que el parage en que estaba el que servía á las egecuciones ordinarias, distaba mucho de la plaza de Grassmarket, y hubiera sido perder mucho tiempo y esponerse á un grau riesgo el ir á buscarle. Butler se aprovechó de aquella dilacion para tratar de distraer al pueblo de sus proyectos sanguinarios.

-- ¡Por el amor de Dios, les decia, reflexionad que es la imágen de nuestro Criador la que intentais destruir, y que por culpado que sea la puerta del cielo puede aun abrirse para él! ¡Concededle la vida! ¡dadle tiempo para purificar su alma por el arrepentimiento y la penitencia!

-- ¿Que tiempo ha dado ese malvado á los que él ha asesinado? exclamó una voz terrible. Según las leyes divinas y humanas, debe morir.

-- Pero amigos míos, continuó Butler olvidando generosamente el peligro á que se esponía intentando hacer oír la voz de la religion y de la humanidad á unos tigres sedientos de sangre, ¿quién os ha constituido sus jueces?

-- Nosotros no somos sus jueces, respondió la misma voz; sus jueces legítimos le han condenado á muerte. Nosotros somos solo egecutores de una sentencia legal pronunciada por el tribunal competente contra un asesino, que el gobierno, mal informado, quiere substraer á la suerte que merece.

-- Pues informad por vuestra parte al gobierno; pero entretanto obedeced sus disposiciones, este es el deber de todo buen vasallo.

Entretanto Portews que se habia oido llamar asesino, exclamó interrumpiendo á Butler.

-- Yo no soy asesino; el hecho que me imputais, ocurrió en mi propia defensa, habiendo sido atacado por el pueblo, mientras desempeñaba legalmente mis funciones.

-- A la horca, á la horca, exclamaron los sediciosos por todas partes. ¿Para qué queremos cadalso? esta viga bastará para ello.

Decian esto señalando una viga que habia clavada en la pared de la casa de un tintorero, y que le servía para suspender en ella para que se secasen las telas que teñía.

Inmediatamente la muchedumbre se arrojó sobre él, y Butler se halló separado de su lado, y arrastrado por el tropel de los sediciosos, que

le llevaban como en el aire á pesar suyo de una á otra parte. Viendo que los que le detenian al lado del preso habian desaparecido, dudó si se escaparia ó iria aun á buscar la victima de aquel furor popular para darle los últimos auxilios y consuelos espirituales; pero una estrepitosa y alegre griteria, le anunció que el crimen se habia ya consumado.

Entonces descubrió á la luz de las hachas al desgraciado Portews pendiente de la cuerda fatal. Esta vista le llenó de horror, y observando que nadie le detenia, no pensó mas que en alejarse de aquel lugar de desgracias. Libre ya de la violencia con que habia sido detenido, se dirigió á la misma puerta, junto á la que habia encontrado la primera tropa de los sediciosos; pero hallándola cerrada, se puso á pasear en sus inmediaciones, hasta que despues de una hora de espera no viendo parecer á nadie, llamó á los guardas para que le abriesen. Estos se hallaban aun encerrados en su cuerpo de guardia, en donde les habian mandado permanecer los sediciosos bajo pena de la vida, y solo cuando Butler les aseguró repetidas veces que la comocion se habia disipado, se atrevieron á salir. Miraron á Butler con sorpresa, y cuando

les pidió que le abriesen la puerta, le preguntaron su nombre y su morada.

-- Es un predicador, dijo uno de ellos; yo le he oido predicar en Haddo. Con lo que le abrieron la puerta y le dejaron pasar.

Butler se alejó con gran placer de las murallas de Edimburgo, que le causaban tanto horror. Su primera idea fue restituirse directamente á su casa; pero otros temores relativos á lo que habia sabido el dia anterior en casa de Mistriss Saddletree, le determinaron á esperar el dia en las inmediaciones de Edimburgo. Sin embargo, tuvo cuidado de separarse algun tanto del camino real, por el que vió pasar á poco rato varios grupos de gentes que hablaban entre si con bastante calor, aunque en voz baja, cuya circunstancia, reunida á la hora tan intempestiva, le hizo creer que probablemente habrian tomado parte en los sucesos de aquella noche.

La dispersion total y repentina de los sediciosos, cuando hubieron satisfecho su sed de venganza, fue uno de los rasgos mas particulares de aquella sedicion. Generalmente, cualquiera que sea el motivo de una comocion popular, siempre resultan desórdenes, que no

habian entrado en el plan de los sediciosos; pero que los cometen los que les arrastra el curso de los acontecimientos; mas no sucedió nada de esto en la presente ocasion: la venganza que acababan de tomar, parecia haber llenado completamente todos sus deseos. En el instante que estuvieron seguros de que su victima habia perdido la vida, se separaron, abandonando las armas de que solo se ampararon para asegurar la egecucion de su proyecto. Al amanecer del dia siguiente, no quedaban en Edimburgo mas señales del movimiento popular que habia ocurrido la noche anterior, que el cadáver del desgraciado Portews, que hallaron aun pendiente de la viga que habia servido de horca, y las armas de que se habian apoderado, y que dejaron esparcidas por las calles.

Los magistrados recobraron su autoridad, sin dejar de conocer que dependia de un hilo muy delgado. Las primeras muestras que dieron de su energía fue hacer entrar en la ciudad el regimiento del coronel Moyle, y empezar las pesquisas sobre las ocurrencias de aquella funesta noche; pero las medidas habian sido tomadas con tanto tino, conducidas con tanto secreto, y bajo un plan tan bien combinado,

que se pudieron obtener pocas noticias sobre los autores de un complot tan atrevido. Inmediatamente se despachó un espreso á Lóndres para llevar esta noticia que llenó de indignacion al consejo de regecia, y sobre todo á la reina Carolina, que miró aquella comocion como un insulto hecho á su autoridad, y espidió las órdenes mas severas para el castigo de los culpados.

